



y su largo camino a la libertad*

CARMEN MC EVOY**



El Banco Central de Reserva del Perú emitirá diversas monedas para conmemorar el Bicentenario. En este sentido, el texto de la doctora en Historia Latinoamericana, Carmen Mc Evoy, nos muestra a grandes rasgos personajes claves en nuestro camino a la libertad y que conformarán las series numismáticas Constructores de la República, Bicentenario 1821-2021 y La Mujer en el Proceso de Independencia del Perú.

Escudo Nacional del Perú (S. XIX).
José Leandro Cortés.
Óleo sobre madera.
Colección BCRP.

* Este texto fue publicado originalmente como la introducción de la serie numismática Constructores de la República - Bicentenario 1821-2021. Se puede leer el folleto en el siguiente enlace: <https://www.bcrp.gob.pe/docs/Billetes-Monedas/Monedas-de-Coleccion/bicentenario-2021/bicentenario-introduccion.pdf>

** Doctora en Historia Latinoamericana y presidenta del Consejo Consultivo del Proyecto Bicentenario. cmcevoy@sewane.edu

El 28 de julio de 1821 se juró en la Plaza Mayor de Lima la independencia del Perú. Tomás Guido, veterano de la Revolución de Mayo de 1810 y testigo presencial del ritual limeño, señaló que los vivas al general José de San Martín resonaron con inusitada fuerza en la antigua capital virreinal. Mientras repicaban las campanas y se hacían salvas de artillería, Guido reflexionó sobre un acto ceremonial que, si tomamos en cuenta el regreso del virrey La Serna a Lima, fue meramente simbólico. Enarbolar el estandarte de la libertad en el centro de la ciudad más importante de América del Sur era el mayor objetivo, de acuerdo con Guido, de los expedicionarios liderados por San Martín. Capturados por un ritual, con reminiscencias coloniales, y que fue inmortalizado en el famoso cuadro de Juan Lepiani, los peruanos celebramos el 28 de julio, olvidando el largo y complejo camino a la libertad que precedió y sucedió a esa mañana invernal de 1821.

La independencia se juró el 5 de abril de 1819 en Supe, el 28 de noviembre de 1820 en Tarma y el 29 de diciembre, de ese mismo año, en la Intendencia de Trujillo. Ceremonias patrióticas de similar naturaleza ocurrieron en Piura, Lambayeque, Cajamarca, Chachapoyas, Jaén, Maynas, entre otras. Más aun, la rebelión de Tacna (1811), la de Huánuco (1812) o la revolución del Cusco de 1814 no fueron mencionadas por San Martín en su proclama. Por esta razón, la sumatoria de esfuerzos, individuales y colectivos, que el reconocido historiador José Agustín de la Puente Candamo denominó “el tiempo precursor”, no aparece en la instantánea que Lepiani legó para la posteridad. Porque, a pesar de que San Martín reconoció públicamente que si no se levantaba Trujillo la causa peruana estaba condenada al fracaso, es Lima la que aún monopoliza el imaginario patriótico de corte independentista.



José Faustino Sánchez Carrión, quien un año después de declarada la independencia de Lima lideró la reacción republicana contra la propuesta monárquica del general San Martín, no estuvo presente en la proclamación capitalina. Igualmente estuvieron ausentes otros precursores provincianos que, como Juan Pablo Viscardo y Guzmán, los hermanos Angulo o María Parado de Bellido, combatieron por la liber-



Lo que propone esta colección numismática (...) es un ejercicio de biografía personal y colectiva sobre el difícil camino hacia la libertad





tad e incluso murieron en el exilio o entregaron su vida por “la causa patriota”. Es por ello que “la foto veintiochera” de la proclamación en Lima deja la sensación de que un general extranjero liberó a todos los peruanos del yugo colonial, a pesar de que el deseo de emancipación —reflejado en las miles de páginas de la Colección Documental del Sesquicentenario (1971)— fue el anhelo de los peruanos y peruanas que murieron por conseguirla.

Convertida en un ritual inalterado cuyo foco es Lima, es difícil recordar el significado esencial de la independencia: una apuesta por la libertad y la república en un mundo aún dominado por imperios y aristocracias. Por celebración de la independencia, entonces, no entendemos reactualizar un ritual sancionado por la repetición, sino, más bien, recordar el camino recorrido por el Perú hacia la libertad. Un esfuerzo inmenso que empezó y culminó en la sierra peruana. Fue

en Ayacucho (1824) donde se definió la suerte de todas las jóvenes repúblicas sudamericanas. Esta situación, que nos condujo a un proceso de militarización acelerada (hecho que fue en detrimento de nuestra institucionalidad), nos dota, paradójicamente, de una historia única por su complejidad y dramatismo. El último bastión del Imperio español en Sudamérica tiene la capacidad de convertirse en el espacio donde se discuta en profundidad el alto precio que los pueblos deben de pagar para obtener ese bien supremo llamado libertad.

Conmemorar doscientos años de independencia —evento que fue precedido por una era revolucionaria en la sierra peruana— no ocurre todos los días. Por ello es importante regresar a los orígenes de la república, un hito sobre el cual existen diversas interpretaciones. Analizando el rol jugado por hombres y mujeres de Arequipa, Ayacucho, Chachapoyas, Cusco, Junín, Lima o

Proclamación de la independencia del Perú (1904).

Juan B. Lepiani.
Óleo sobre lienzo.
Colección MNAHP.



Capitulación de Ayacucho (1924).
Daniel Hernández.
Óleo sobre lienzo.
Colección BCRP.

Trujillo, cuyos rostros serán acuñados en una colección de monedas que conmemoran el Bicentenario, será posible aproximarse al experimento republicano que, con sus luces y sombras, apostó por la ruptura. Ciertamente, de la mano de personajes de la talla de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Toribio Rodríguez de Mendoza, María Parado de Bellido, Hipólito Unanue, José Baquijano y Carrillo, Brígida Silva, Manuel Lorenzo de Vidaurre, José Faustino Sánchez Carrión, las Toledo, Francisco Xavier de Luna Pizarro, José Manuel Valdés y el presidente de la primera Junta Gubernativa, mariscal José de la Mar, podemos regresar al punto inicial de una apuesta política que no fue fácil. Lo que propone esta colección numismática —que recogerá acontecimientos históricos fundamentales, como la revolución del Cusco de 1814, la proclamación de la independencia y la instalación del primer Congreso Constituyente en 1822, en una serie complementaria— es un ejercicio de biografía personal y colectiva sobre el difícil camino hacia

la libertad. Proceso que culminó en la Pampa de la Quinua, un lugar donde las armas consolidaron lo que las palabras intentaron promover en nuestra primera constitución de corte liberal.

Un hito ideológico importante en el camino hacia la libertad es, sin lugar a dudas, la *Carta a los Españoles Americanos* (1799/1801), redactada desde el exilio por el arequipeño **Juan Pablo Viscardo y Guzmán**. Su poderosa frase inicial —“El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra, y en ella es que debemos examinar nuestra situación presente, para determinarnos, por ella, a tomar el partido necesario a la conservación de nuestros derechos propios, y de nuestros sucesores”— resonó a lo largo y ancho del territorio americano. Cabe recordar que el patriota venezolano Francisco de Miranda difundió la carta de Viscardo en su tierra de origen, introduciendo al jesuita peruano como un precursor de la libertad y un enemigo de la injusticia. Viscardo, “prócer adelantado de la República en el Perú”, denunció tempranamente



los abusos de un sistema que lo alejó arbitrariamente de su “patria”. En efecto, la brutal represión a Túpac Amaru y sus huestes es un hecho que el arequipeño criticó desde su exilio europeo. Desde ahí intentó, sin éxito, convencer a los británicos de que se involucraran activamente en la emancipación hispanoamericana.

En el *Elogio al Virrey Jáuregui*, **José Baquijano y Carrillo** se refirió soterradamente a la

violencia de un imperio que caminaba hacia el abismo si no rectificaba su rumbo. Hablar de tiranía, sangrienta política y humillación en un escenario tan cargado, como el que sucedió a la insurgencia tupamarista, fue una expresión de pensamiento crítico y eso hizo Baquijano cuando, en nombre de su corporación, “agasajó” al virrey Jáuregui en San Marcos. Considerado como un “remoto anuncio de la independencia”, el texto que Baquijano lee en honor a Jáuregui es una bocanada de aire fresco en un mundo regido por una violencia abierta que nadie se atrevía a abordar de manera explícita. Respecto de los ilustrados criollos, que es el grupo al que Baquijano perteneció, el historiador Pablo Macera señaló que la llegada al Perú del pensamiento crítico colaboró en la socialización de un conjunto de ideas, entre ellas, la justicia a la que aludió el futuro representante peruano ante las Cortes de Cádiz. Años después, Baquijano se atreverá a ejercer una crítica más directa contra el sistema colonial al recordar que los indígenas aún lloraban la muerte de Túpac Amaru y seguían conmovidos por su “atroz suplicio”. Ciertamente, los explotados no olvidan, recordaba el profesor universitario, las promesas incumplidas y mucho menos las injusticias perpetradas por los españoles.

Aparte de conformar un colectivo social que asumió una “función intelectual” en tiempos de zozobra, los redactores del *Mercurio Peruano* (1791-1795), entre los que destaca **Hipólito Unanue**, obraron, en palabras de Macera, por “amor al Perú”. Y si bien es cierto que el peligro del utilitarismo ilustrado derivó en una serie de exclusiones —la esclavitud y el tributo indígena persistieron en la república hasta 1854—, es innegable la preocupación de los mercuristas por la trayectoria y destino del Perú. Existe consenso entre los historiadores de las ideas en caracterizar a los jóvenes ideólogos y científicos que se agruparon alrededor de Unanue en la Sociedad de Amantes del País, en la revista *Mercurio Peruano*, en el Anfiteatro Anatómico de la Escuela de Medicina de San Fernando, en la Sociedad Patriótica de Lima y más adelante en el primer Congreso Constituyente, como fundadores de



La libertad del Perú fue un objetivo de dimensión nacional, aunque con características peculiares a la realidad específica y legado histórico provincianos



Fol. 1.

Num. 1.

MERCURIO PERUANO

DEL DIA 2. DE ENERO DE 1791.

IDEA GENERAL DEL PERÚ.

EL principal objeto de este Papel Periodico, segun el anuncio que se anticipó en su Prospecto, es hacer mas conocido el País que habitamos, este País contra el qual los Autores extrangeros han publicado tantos paralogismos. Los primeros Escritores, entre los nacionales que trataron del Perú, fueron los que compilaron las relaciones de sus propios acontecimientos, ó depositaron en sus Historias y Anales los datos de la tradicion. *Garcilaso, Herrera, Zarate, Gil Gonzalez &c.* son de esta clase; y de la misma han sido todos los demas que les subsiguieron, hasta que el Excelentísimo Señor Ulloa escribió la Historia de su *Viage a la América*, y los *Entretenimientos Americanos*. Este Ilustre Autor ha sido el primero entre los españoles, que tratando de los habitantes de estos Países, elevó su pluma hasta la contemplacion del Hombre en su sistema moral, y aun en el fisiológico.

Con los materiales de estos AA., y sobre las ligeras noticias que de paso adquirieron algunos Viageros, se han combinado casi todas las Historias, Reflexiones, Cartas, Tratados Geográficos y Compendios, que se han dado á luz sobre el Perú en las orillas del Sena, y del Támesis. El espíritu de sistema, sus preocupaciones nacionales, la ignorancia á veces, y el capricho han, influido tanto en la mayor parte de estas obras, que el Peru que ellas nos trazan, parece un país enteramente distinto del que nos demuestra el conocimiento practico.

La consecuencia que deducimos de esta exposicion, es visorjearnos que bien podemos entrar haciendo un dibujo general

A

un pensamiento ilustrado que, con todas sus limitaciones, fue forjando la idea del Perú como ente autónomo con un destino promisorio.

Una gran mayoría de los ilustrados peruanos fueron influenciados por **Toribio Rodríguez de Mendoza**, rector del Convictorio de San Carlos y maestro de una buena parte de los miembros del primer Congreso Constituyente. Nacido en Chachapoyas, Rodríguez era de la idea de que las energías de los peruanos debían dedicarse a “estudiar las inmensas riquezas” que se encerraban en las entrañas de las montañas, cerros y llanuras del continente americano donde todo estaba por conocerse. Rodríguez de Mendoza, “el precursor indiscutible de la peruanidad”, de acuerdo con Raúl Porrás Barrenechea, es un pionero de los estudios humanísticos y científicos en pos del mejoramiento del Perú. Ello, con la finalidad de desarrollar “una ciencia directa y nacionalista aplicada a la propia realidad” peruana.

La libertad del Perú fue un objetivo de dimensión nacional, aunque con características

Mercurio Peruano

Tomo I. Edición Facsímil (1964).

Biblioteca Nacional del Perú.

peculiares a la realidad específica y legado histórico provincianos. En el caso de Lima, que siguió su propia dinámica y declara una independencia más bien tardía, cabe señalar que la denominada república criolla exhibe un vocabulario forjado en la lucha ideológica contra el modelo de monarquía constitucional que el general José de San Martín intentó imponer entre 1821 y 1822. En el fragor de lo que Jorge Basadre denominó “el primer ciclo doctrinal” surgen una serie de conceptos muy relevantes, tales como ciudadanía, libertad, igualdad, mérito e incluso felicidad, articulados en la prensa limeña por **José Faustino Sánchez Carrión**, un hijo de Huamachuco. Es cierto que estas palabras circulan en un mundo de profundas diferencias sociales y donde el clasismo y el racismo prevalecen. Sin embargo, ellas irán penetrando en el tejido social, donde ayudarán a generar un espíritu libertario en procesos tan importantes como la abolición de la esclavitud y del tributo indígena en 1854 e incluso en la revolución de la Coalición Nacional de 1894. La república liberal, defendida por Sánchez Carrión, fue un espacio donde podían concretarse los sueños de adelanto material y de orden, pero ella era también percibida como la cuna de la libertad, de la dignidad y del honor. Así, es posible identificar, por un lado, los intentos de construir un Estado y, por el otro, los deseos de forjar una nación desde la sociedad civil.

Para **Manuel Lorenzo de Vidaurre**, los peruanos carecían de una cultura de la libertad, y la independencia significaba tan solo un simple cambio de amos. Sin embargo, la mente dialéctica de Vidaurre, además de su viaje a los Estados Unidos, lo ayudará a entender los claroscuros de una república que debía sustentarse estrictamente en la ley. En las notas al *Plan del Perú*, Vidaurre señala: “yo escribí muchas veces contra las repúblicas. Yo creí que esta clase de gobierno no era capaz de perfección; yo me he desengañado de mi error. He visto países republicanos donde reina la paz interior y florecen las artes y el comercio”. Citando los *Papeles Federalistas*, Vidaurre subrayó “la superioridad institucional de las repúblicas”, debido a que el sistema republicano era el único “gobierno” que descansaba en “la ley”.

En el caso del sacerdote arequipeño **Francisco Xavier de Luna Pizarro** es importante subrayar su tenaz oposición a las corrientes absolutistas, monárquicas y dictatoriales, que amenazaban los fundamentos de la república.

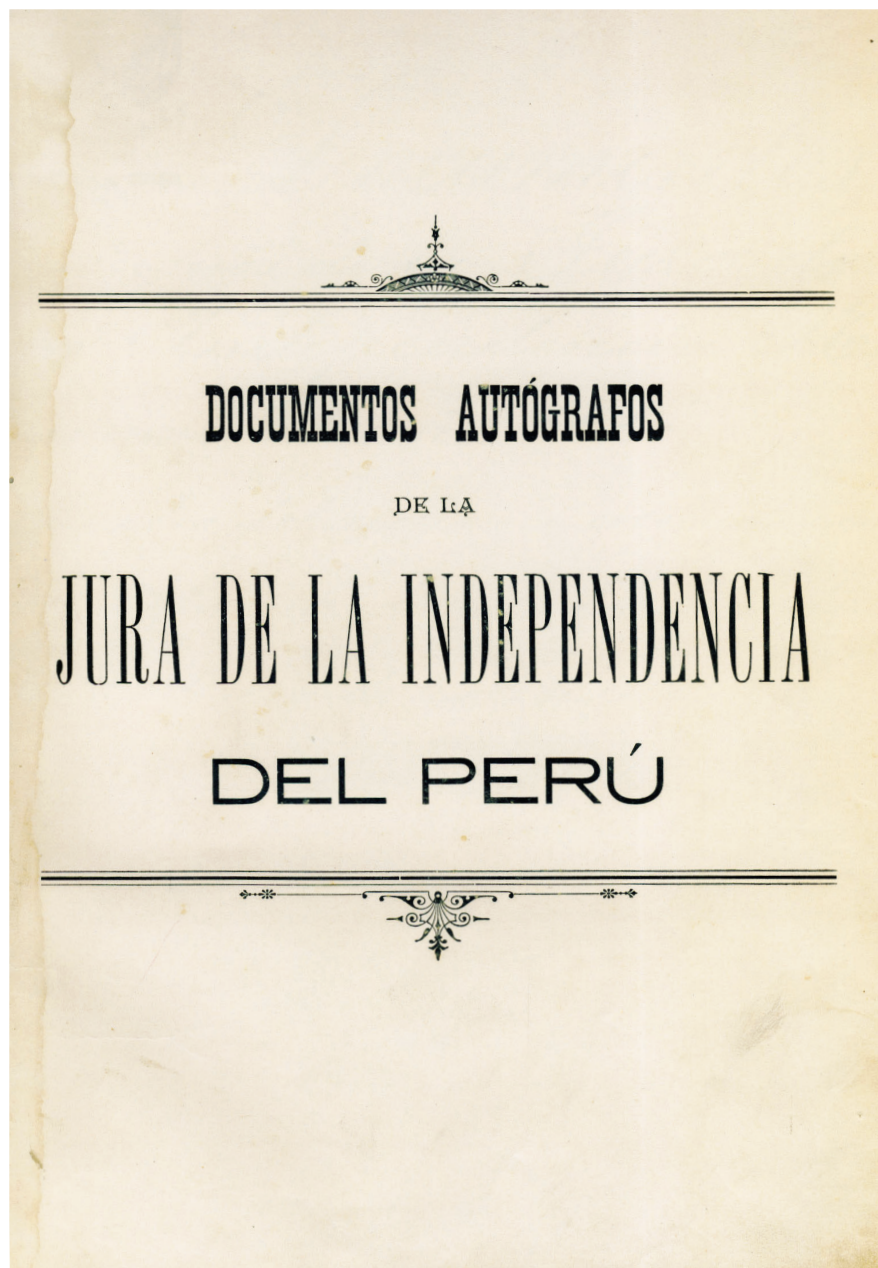
Si comparamos los trabajos de Sánchez Carrión con los de Luna Pizarro, queda claro que, para el antiguo abogado de los pobres, la inclusión del indígena era un objetivo que no se hace tan evidente en Luna Pizarro, cuya labor se centró en defender el balance de poderes, base fundamental de cualquier república en forma. Cabe recordar que el sacerdote arequipeño defendió la preeminencia del bien público sobre los intereses personales.

Uno de los personajes más admirables de la transición colonia a república es, sin lugar a dudas, el mulato **José Manuel Valdés**, quien, superando el racismo enraizado en el sistema colonial, alcanzó una posición importante debido a su conocimiento científico. Educado con el apoyo de una familia acomodada en el colegio de San Ildefonso de Lima, Valdés aprendió latín y teología, aunque, por ser hijo ilegítimo, no logró alcanzar una educación universitaria. Sin embargo, su notable inteligencia le permitió obtener el título de cirujano de manos del reconocido protomedicato asentado en Lima. Resulta notable que su trabajo en las cárceles y su entrenamiento en el Hospital de San Andrés —con el apoyo de médicos que respetaban su sacrificada labor— le permitió acumular experiencia. Este amor por la vocación médica conmovió a la comunidad científica limeña y el cabildo solicitó al rey Carlos IV dispensa para que le otorgara el grado en la universidad. Aceptada la petición, se le concedió el grado de bachiller en un acto presidido por representantes de la corporación médica. Luego de arduo trabajo, Valdés logró el título de doctor. En 1811 fue nombrado examinador de cirugía y catedrático de clínica externa. Como en sus años de juventud, Valdés ejerció su profesión en casi todos los hospitales limeños y en los monasterios, dictando cátedra e incluso escribiendo sobre enfermedades como el cáncer. En 1831 fue diputado del Congreso por la provincia de Lima y en 1836, protomédico, dejando muy en alto el nombre del Perú y de la medicina peruana.

Volviendo al rol que le correspondió desempeñar al general San Martín es importante acercarse a la expedición libertadora. En especial a la manera en que ella influyó en el fortalecimiento de los núcleos patrióticos en las provincias de la sierra, donde un grupo de mujeres cumplirán un papel importante y decisivo. Con el rango de capitán general del Ejército de Chile, José de

San Martín zarpó el 20 de agosto de 1820 de Valparaíso junto con seis mil hombres y 25 navíos, ocho de guerra y 17 de transporte. A su llegada a Pisco, donde instaló el cuartel del Ejército Libertador, San Martín emitió su primera proclama, fechada el 8 de setiembre de 1820: “Compatriotas”, se dirige a los peruanos para recordarles que “el último virrey del Perú” hacía infinidad de esfuerzos para “prolongar su decrepita autoridad” en el último bastión imperial. Sin embargo, y a pesar de ello, “el tiempo de la impostura y del engaño, de la opresión y de la fuerza” estaba llegando a su fin. “Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación. Esto es el voto del Ejército Libertador”. Estas palabras llegaron a la sierra peruana, donde un grupo de valientes mujeres pusieron en riesgo su vida e incluso la ofrendaron por la independencia.

La llegada al Perú de la Expedición Libertadora encabezada por el general don José de





Paso de los libertadores (1924).
Daniel Hernández.
Óleo sobre lienzo.
Colección BCRP.

San Martín y la campaña del general Álvarez de Arenales a la sierra peruana, que culminó en la batalla de Pasco, promovieron el entusiasmo entre la población andina. A nivel práctico, los montoneros no solo recorrieron la sierra, infringiendo bajas en el ejército realista, sino que se trasladaron a Lima para cercarla. Muchas poblaciones, mayormente en la sierra central, se alzaron en armas en favor de la independencia. Por este estado de insurgencia que amenazaba extenderse a lo largo y ancho de la sierra, el virrey José de la Serna dio la orden al general

Monet de que destruyera a la guerrilla andina. A pesar de la violenta represión, con ejecuciones en los pueblos tomados por los realistas, Monet no logró avasallar a la resistencia y los esforzados patriotas continuaron y se multiplicaron.

La exhibición de coraje y valentía de **las Toledo** y el pueblo de Concepción ocurrió entre marzo y abril de 1821; la fecha no está del todo corroborada. Después de varias cargas de fusilería, de una orilla a la otra, y ante el avance de las fuerzas españolas que iniciaban ya el cruce del río Mantaro, las Toledo, encabezando a los defensores de Concepción, lograron cortar las amarras del puente colgante. Este acto temerario fue ejecutado en medio del fuego enemigo, con una rapidez que hasta hoy sorprende. Los soldados realistas que temerariamente avanzaban ya por el puente se hundieron y algunos probablemente se ahogaron en las tumultuosas aguas del Mantaro. Con esta notable acción de la sociedad civil, los patriotas ganaron un precioso tiempo para huir y ponerse a buen recaudo.

Brígida Silva de Ochoa es otra patriota valiente que ejerció de contacto entre los insurgentes e incluso, arriesgando su vida, ayudó a la huida del párroco de Sica, José Medina, después del fracaso rebelde en el Alto Perú. Siempre dispuesta a prestar sus servicios a la causa, la valiente mujer se ganó el respeto del cura Tagle, ilustre sacerdote que señaló cómo ella ayudó a formar opinión pública, debido a su patriotismo



El mejor homenaje a quienes lucharon por nuestra libertad, dignidad y progreso es reconocerlos y recordarlos, siguiendo sus invalorable trayectorias de vida



acendrado y su “odio profundo de la tiranía”. Declarada la independencia, la Junta de Purificación hizo evidente el gran servicio de Brígida a la causa. Por decreto del 11 de diciembre de 1822, el general San Martín la declaró públicamente “hija de la patria”, concediéndole un diploma que destacó sus virtudes y compromiso para con la independencia. **María Parado de Bellido** no tuvo la suerte de Brígida Silva. Espía de las montoneras de la sierra central y descubierta en esa condición, Parado de Bellido fue sometida a varias sesiones de tortura física y psicológica por parte del general José Carratalá, quien le ofreció perdonarle la vida si revelaba los nombres de sus cómplices y delataba los planes de las fuerzas patriotas. Parado de Bellido no lo hizo y escogió la muerte antes que la delación de un amigo. Por su decisión, con la que salvó muchas vidas, fue condenada a enfrentar un pelotón de fusilamiento, en la Pampa del Arco, Ayacucho, el 1 de mayo de 1822.

Finalmente, en esta colección no podía faltar la figura del mariscal **José de la Mar** (1778-1829), primer presidente de la Junta Gubernativa, luego de instalado el primer congreso republicano. Militar profesional que ganó su conocimiento y experiencia bélicos durante las guerras contra la invasión napoleónica, La Mar participó en la defensa de Zaragoza y en el frente de Valencia, donde condujo una columna de cuatro mil granaderos veteranos, “la columna La Mar”. Luego de ser capturado por los invasores fue conducido al castillo de Saumur, donde se dedicó a estudiar los clásicos de la lengua y la cultura francesas. Después, estando al servicio del ejército real, llegó a Lima y se puso bajo las órdenes del virrey Pezuela; como muchos militares liberales de la época renegó de su lealtad a la corona y abrazó la causa patriótica. Debido al conocimiento de sus dotes militares, el general San Martín le ofreció el cargo de general de división. Más adelante fue promovido a mariscal por el delegado de las provincias del norte, Bernardo de Torre Tagle. Durante el primer Congreso Constituyente de la república, a La Mar se le confía la presidencia de la primera Junta Gubernativa que organiza la primera expedición a puertos intermedios. En 1824, y luego de su llegada al Perú, el general Bolívar lo nombró jefe del Ejército del Perú con la misión de reorganizar las fuerzas patriotas en Trujillo. La Mar formó parte de la campaña en la sierra y en la batalla de Ayacucho, a cargo del Batallón Perú, cumplió un papel fundamental, tanto que el mariscal Sucre le obsequió la hacienda Ocucaje, que el militar rechazó. En abril de 1827 el veterano de un sinnúmero de combates fue elegido diputado por Lima al congreso, donde fue designado para asumir la presidencia del



Perú. Su régimen no solo debió enfrentar conspiraciones, como las de sus antiguos camaradas de armas (por ejemplo, Agustín Gamarra), sino también el levantamiento de los iquichanos y la guerra con la Gran Colombia. Esta terminó en derrota y los enemigos coaligados le dieron un golpe militar. Deportado a Costa Rica en 1829, murió de tristeza y desolación. El estratega de Ayacucho falleció en la ciudad de San José, a los 52 años de edad, el 11 de octubre de 1830. Sus restos fueron repatriados trece años después.

El Banco Central de Reserva ha decidido honrar a este puñado de peruanos y peruanas que, desde diferentes espacios políticos y sociales, decidieron ofrendar, incluso su vida, por la independencia y el realce del Perú. Esto, cabe subrayarlo, fue un esfuerzo colectivo y nacional. El mejor homenaje a quienes lucharon por nuestra libertad, dignidad y progreso es reconocerlos y recordarlos, siguiendo sus invalorable trayectorias de vida. Especialmente en estos tiempos, en que la ciudadanía de nuestra región reclama la redefinición de un pacto republicano, que nació en el lejano siglo XIX prometiendo igualdad, justicia, bienestar y una felicidad que aún no llegan a todos los peruanos.

El montonero
(S. XIX).
Pancho Fierro.
Acuarela.
Colección BCRP.